

los barrios de las Tullerías acudió á dispersarla lo que logró fácilmente porque aquella multitud iba desarmada, esto prueba que no hubo complot de ninguna clase.

Pero los thermidorianos encontraron en este tumulto un pretexto para acabar, y no sólo hicieron arrestar y enviar al castillo de Ham á ocho de sus colegas jacobinos por haber según decían excitado á la multitud, sino que votaron, con menosprecio de las leyes, la proposición del ex-terrorista Dumont que condenaba á la deportación á Billaud, Collot, Barere y Vadier. De modo que los que habían querido volver á la legalidad se salieron de ella tan pronto convino á sus intereses.

Al otro día el pueblo de París se lanzó sobre los coches que se llevaban á los condenados por la Convención, cosa que no se había visto en tiempos del terror, pues entonces bien que mal condenaba un tribunal, pero Pichegru que estaba en París y á quien se había confiado el mando de la ciudad, disolvió fácilmente los grupos, y los condenados pasaron.

Los girondinos que se habían figurado que habían escapado á un nuevo 2 de Junio, eran de los más exaltados, y como siempre marchaba el grupo en completo desacuerdo.

Este desacuerdo se hace notorio el día 5 de Abril. Desde el 1.º de Abril se prendía en París á quien quiera que fuera que se atreviera á protestar de lo que se hacía, y claro está que esta protesta hubieron de formularla más de una vez los más caracterizados montañeses, y como con esto se mantenía viva la agitación en París, Tallien el setembrista, propuso en dicho día que se arrestara á ocho nuevos colegas, entre los que figuraban Thuriot, Cambon y el mismo Lecointre. Louvet no pudo sufrir tanta arbitrariedad y así una víctima de ella y de ellos salió generosamente en su defensa, pero todo fué en vano. Este nuevo crimen lo cometió la Convención, y dicho se está que, si en la Convención no hubieran quedado mas que los cobardes, los presos y detenidos en vez de marchar al destierro y á los castillos hubieron marchado á la guillotina. Freron llegó por un momento á temer que la Convención no continuara como antes diezmándose, y para prevenirlo propuso al día siguiente que se reemplazara la muerte con la deportación para los delitos revolucionarios, manteniendo la muerte para los delitos contrarrevolucionarios. La proposición de Freron no fué admitida. Si no se mataba pues, era porque faltaba pecho.

Sin embargo, la Convención se dió el placer de

hacer funcionar de nuevo la guillotina. El nuevo Tribunal Revolucionario condenó al antiguo, á Hermann, Fouquier-Tinville, Lanue y otros trece, siendo todos guillotinado el 7 de Mayo en la plaza de la Greve, sin duda alguna sin sentimiento de nadie, pues era un desagravio ofrecido á la humanidad y á la justicia tantas veces burlada y escarnecida por aquellos desalmados.

¿Ibase ahora á restablecer la calma y el orden? Billaud y Collot habían salido para Cayena, en donde moría Collot á poco de llegar de un ataque de fiebre amarilla.

Billaud, como hemos indicado, fué amnistiado por Bonaparte sin que él aceptara sus beneficios, y vivió largo tiempo aún como el más dulce y pacífico de los hombres, Vadier y Barere lograron escaparse muriendo para la política, ¿no estaban, pues, satisfechos los thermidorianos? ¿Los girondinos no estaban vengados? ¿Este orden que tanto se había reclamado, no era ahora más necesario que nunca, ya que se asesinaba en su nombre?

En efecto, la reacción en provincias fué más allá que el terror, y si se hubiese llevado la cuenta de sus víctimas, como se ha llevado para el terror, nos asombraríamos al ver cuán implacable fué la venganza, y pues no hemos vacilado en mojar nuestra pluma para contar los horrores de los revolucionarios y sus crímenes, hagamos lo propio para que lleve todo el mundo su merecido.

Fuó en Lyon en donde la reacción organizó sus «Compañías de Jesús» y sus «Compañías del Sol», que dejaron atrás á los setembristas. Habiendo el tribunal de Lyon absuelto á Fernex, uno de los jueces del Tribunal Revolucionario de aquella ciudad, aquellos desalmados se arrojaron sobre la víctima que les escapaba, le asesinaron y arrojaron al río. La impunidad les alentó, hicieron sus listas, y á puñaladas, á tiros ó á palos, mataron indistintamente á hombres y mujeres exterroristas ó buenos republicanos. Chenier no pudo sufrir tantas iniquidades y dió de ello parte á la Convención, que decretó que fueran llevados á los tribunales todos los emigrados que fueran presos y que igualmente lo fueran todos los sacerdotes refractarios que hubiesen regresado y no salieran dentro del término de un mes. Pero esta disposición sólo indicaba las fuentes del mal, pero no cortaba el mal mismo. Así no se impidió que el 5 de Mayo al salir del teatro, trescientos compañeros de Jesús y del Sol asaltaran en Lyon las cárceles de la ciudad y asesinaron á ochenta y seis detenidos, entre ellos seis mujeres, entregando á las llamas aquellos que encerrados en

sus calabozos, pudieron escapar á sus puñales. Esta vez algunos de esos bandidos fueron entregados al tribunal, pero el tribunal les absolvió—el de Roanne—y al regresar á Lyon se les hizo una entrada triunfal, arrojándoles las damas elegantes flores durante su camino, coronándoles por la noche en el teatro.

¿Por qué lo que se hacía y permitía hacer en Lyon no se había de hacer en otras ciudades y pueblos? Esto se dijo la Provenza, y allí fué Isnard para presidir la justicia reaccionaria, aún cuando al parecer, la Convención le mandó á su país natal para prevenir los horrores que se lamentaban en todos los pueblos de orillas del Rhódano.

En Aix setenta y tres jacobinos marseleses iban á ser juzgados por el delito de sedición. Lo probable es que escaparan todos. Esto hubieron de creer los compañeros del Sol de Marsella, y á las barbas del representante de la Convención Chambon, salieron para Aix, al objeto de asesinarlos, y así lo hicieron sin exceptuar ninguna de las tres mujeres, y esto que una fué asesinada teniendo su hijo de pecho agarrado de su seno. Esto sucedió el día 11 de Mayo. El día 15 le tocó á Tarascon. Este fué un gran día.

Avisóse á la sociedad elegante la hora en que iban á ser asesinados los jacobinos detenidos en su castillo, y á presenciar el lance acudió en masa, poniendo sillas y bancos junto á la orilla del Rhódano para presenciar su muerte. A la hora señalada entraron doscientos ó trescientos hombres de las compañías en la cárcel y se llevaron los detenidos á lo alto de su torre. Allí se les tapaba previamente la boca con un pañuelo para que con sus gritos de dolor no desgarrasen los oídos «de las furias del puñal», y después de atarles piés y manos se les clavaba en el pecho de una puñalada un cartel en el que se leía «pena de muerte al que lo entierre,» hecho lo cual se les arrojaba al río. Un mes después se asesinaba á todos los detenidos de otra de las cárceles de Tarascon.

En Marsella eran inminentes iguales crímenes, y aunque allí estaban Isnard y otros tres representantes, nadie esperaba de ellos que les protegieran. Esto se supo en Tolon y los obreros del arsenal que trabajaban noche y día para restaurar la destruida escuadra acordaron abandonar el trabajo y correr á Marsella á defender á sus hermanos. Previendo una catástrofe, Brunel, que estaba allí representando la Convención, no pudiendo detener el movimiento se levantó la tapa de los sesos.

Isnard y sus colegas salieron con una fuerte co-

lumna á su encuentro dispersándoles á los primeros tiros, siendo acuchillados sin piedad los que no lograron escapar de nuevo á Tolon, á donde fué Isnard á establecer un Consejo de guerra que con su severidad dió por resultado que emigraran en masa los obreros y marineros de Tolon, quedando de nuevo comprometida la restauración de la escuadra.

Interin se realizaba el degüello de los jacobinos detenidos en el castillo de San Juan de Marsella. A pesar de que la fortaleza de su cárcel debía bastar á su seguridad como nadie defendió sus murallas fácil fué la entrada, pero sus puertas no se asaltaron fácilmente, así no pudiendo vencer la resistencia que desde los calabozos hacían los patriotas, se llevó contra las puertas de los mismos la artillería que abrió paso á aquellos desalmados.

Cuatro horas hacía que duraba el degüello cuando Isnard se presentó allí de regreso de Tolon sin que lograra ser obedecido, pero sin que él empleara resueltamente la fuerza pública para hacer respetar la ley. Ochenta personas murieron allí según listas oficiales, sin embargo, las noticias contemporáneas elevan las víctimas hasta 200.

«De Lyon y de las Bocas del Rhódano, dice E, Martín, la nueva San Bartolomé se extendía por los departamentos de Vaucluse, de la Drome, de la Gard y de la Loire: remontando el N. E. por el Ain y el Jura. En el Centro y en el Norte hasta en Sedán hubo aquí y allá varios asesinatos. El departamento de la Loire estaba preso de una espantosa anarquía. Los obreros de la manufacturera de armas de Saint-Etienne se fugaron, dejando la manufacturera en manos de los contrarrevolucionarios. Multitud de patriotas del campo abandonaban sus cosechas y se ocultaban en los bosques con sus familias. Principiábase ya á degollar, como en el Oeste, á los sacerdotes constitucionales. Los antiguos partidarios de la Gironda lo fueron también á su vez. Un jurado que acababa de condenar á Fouquier-Tinville fué asesinado á su regreso de París.

»Había en este contra-terror una mezcla de cruel frialdad y de depravación, más repugnante aún que la ferocidad brutal de los terroristas *sans-culottes*. Con los asesinatos se mezclaban los más innobles ultrajes que tenían que sufrir las mujeres. El elemento principal del contra-terror lo formaban los jóvenes licenciosos que se habían sustraído á la gran requisita, y que hacían bullangas y asesinaban en el interior, mientras la verdadera juventud francesa se batía en todas las fronteras.

»En París, los *muscadins*, con la elegancia de mal gusto y las maneras afectadas que oponían á la gro-

sería de los *sans-culottes*, no eran más que ridículos; en el Mediodía eran atroces. Al salir de los degüellos de las cárceles, iban por la noche á sus círculos, empolvados y perfumados, para enseñar á las señoras sus manos teñidas de sangre, y las elegantes, las *maravillosas* aplaudían. Estas habían reemplazado á «las furias de la guillotina.»

Claro está que este estado de agitación de provincias debía influir poderosamente en agravar la situación de París ya que era precisamente en las

comarcas que más podían atender á su subsistencia en donde era mayor la anarquía, y como esto se sabía por todo el mundo, y además era igualmente de todos sabido que la cosecha de 1794 había sido buena; París acabó por perder la paciencia y estalló el día en que habiéndose puesto á ración el pan dándose á cada obrero libra y media por día se le dió cada día menos. La distribución de pan el 18 de Mayo fué solo á razón de dos onzas por cabeza. En París no había ni pan, ni carbón, ni leña.



LEBAS

Dos días después despertaba París al toque de arrebato. Era el hambre y la desesperación lo que hacía tocar las campanas en ese funesto 1 de prairial. La multitud marchó como de costumbre á la Convención á pedir: 1.º, pan. 2.º, la abolición del gobierno revolucionario en vista de que todo el mundo abusaba de él. 3.º, el inmediato establecimiento de la Constitución de 1793. 4.º, el arresto de los miembros de los actuales comités. 5.º, la libertad para los ciudadanos que habían pedido pan y emitido su opinión con demasiada franqueza. 6.º, la convocación de las Asambleas primarias para el 25 para renovar todas las autoridades. 7.º, la convocación para el 26 menidor de una Asamblea legislativa que reemplazase la Convención.

Este programa en el que no se pide ni el regreso de los patriotas desterrados, ni el de los presos en Ham y otros puntos, indica claramente que no fueron sus autores los jacobinos. Era la masa adicta á la revolución la que reclamaba en sustancia pan y

la Constitución que la Convención había hecho y cuya entrada en vigor detenía. Suponer aquí un acto de habilidad y de hábil política es hacer á los montañeses el honor de una cualidad que no tenían. El movimiento era, pues, popular, espontáneo y lo que pasó el 20 de Mayo—1 prairial—en la Convención lo dice bien claro.

Cuando el tumulto llegó á las puertas de la Convención ésta juró morir en su puesto, declaró fuera de la ley á los autores del motín y que se diera un manifiesto á los habitantes de París.

Apenas se habían tomado estos acuerdos, cuando las puertas cedieron y la multitud invadió el salón pidiendo pan y la Constitución del 93. Acudió á poco la guardia nacional y rechazó á los agresores sin efusión de sangre, pero se volvió á la carga, se cruzaron las bayonetas, sonaron algunos tiros, algunos representantes sable en mano se lanzaron á defender la Convención, y el joven Féraud dijo á los que la asaltaban que sería necesario que pasasen

por encima de su cuerpo para entrar. Se echó al suelo y la multitud pasó pero sin hacerle daño. Féraud corrió entonces á la presidencia para proteger al presidente y como alguien le amenazara se gritó que no tirasen que aquel diputado era Féraud, y el pueblo entendió Freron y le mataron de un pistoletazo. Inmediatamente su cabeza apareció clavada en una pica que pasaron por el salón de sesiones

presentándose á Boissy d'Anglas que presidía, quién, en medio de aquel gran conflicto tuvo bastante serenidad y valor para saludarla, saliendo luego aquel sangriento trofeo á recorrer las calles de París hasta que habiendo sido disuelto el grupo que la llevaba fué preso el portacabezas.

Dueña la insurrección del salón, mezclado el pueblo con los diputados era imposible entenderse, y



SANTERRE

en vano los montañeses á instancias del presidente pretendieron hacerse oír. Rühl, Duroi, Romme se fatigaron en vano. Boissy rendido de fatiga abandonó la presidencia á un anciano diputado de la derecha, y no tuvo que esperar del cansancio lo que no se podía lograr por la persuasión. Por fin, al anocheecerse hizo un poco de silencio y Romme y Duroi pidieron la libertad de todos los diputados y patriotas detenidos después del 9 thermidor lo que se votó de aclamación levantando los diputados presentes,—muchos habían escapado,—en alto sus sombreros. Duroi hizo votar después la devolución de las armas á los ciudadanos desarmados por te-

rorismo. Romme propuso luego visitas domiciliarias para buscar harinas, y la convocación y permanencia de las secciones en París, y la elección de comités de secciones por el pueblo. Goujon tomando pretexto de la desaparición é incapacidad que habían demostrado los Comités de Gobernación, propuso que se renovasen y que la Convención nombrase una Comisión extraordinaria que hiciera ejecutar los decretos que acababa de votar. Bourbotte en fin, el terrorista Bourbotte de la Vendée, hizo votar la prisión de los periodistas contrarrevolucionarios «que envenenan el espíritu público» y la abolición de la pena de muerte.